

presentes abren á la ambición del porvenir. Cabe así librarse del odio por la nulidad de la perspectiva ó por la grandeza de la perspectiva, por la incapacidad de descubrir los contrastes ó por el poder de descubrir el acuerdo de los contrastes. Apto Swift para lo uno, mas no para lo otro; viendo el mal y el desorden, pero ignorando el bien y la armonía; privado del amor y de la calma, entregado á la indignación y á la amargura, no encuentra ni una causa en que poder interesarse ni una doctrina que poder afirmar; emplea toda la fuerza de la inteligencia mejor armada y del carácter mejor templado en difamar y en destruir; todas sus obras son libelos.

III

En este momento y en sus manos alcanzó el periódico en Inglaterra su carácter propio y su mayor fuerza. La literatura penetraba en la política. Para comprender lo que llegó á ser la una, hay que comprender lo que era la otra; el arte se supeditó á los negocios, y el espíritu de los partidos creó el espíritu de los escritores.

En Francia aparece una teoría elocuente, bien coordinada y generosa; los jóvenes se prendan de ella y entonan canciones en su honor; por la noche, durante la digestión, la leen con complacencia los burgueses; varios de imaginación acalorada la aceptan, y se prueban á sí propios la fuerza de su entendimiento burlándose de los retrógados. Inversamente: las personas de arraigo, prudentes y temerosas, desconfían; como se encuentran bien, les parece que todo está bien, y

piden que las cosas sigan como están. He ahí nuestros dos partidos, muy antiguos como todo el mundo sabe, muy poco graves como todo el mundo ve. Nosotros tenemos necesidad de hablar, de entusiasmarnos, de discurrir sobre opiniones especulativas, todo eso muy ligeramente, cosa de una hora al día, sin consagrar á esa afición más que la superficie de nuestro ser, y hallándonos tan bien nivelados que, en el fondo, todos pensamos de la misma manera, y bien miradas las cosas, no se encontrarán en nuestro país más que dos partidos: el de los hombres de veinte años y el de los hombres de cuarenta. Al revés: los partidos ingleses fueron siempre cuerpos compactos y vivos, cuerpos unidos por intereses de dinero, de rango y de conciencia, que no tomaban las teorías más que por bandera; especies de Estados secundarios que, como en otro tiempo los dos órdenes de Roma, trataban de monopolizar legalmente el Estado. De análogo modo la Constitución inglesa no fué nunca más que una transacción entre potencias distintas, obligadas á tolerarse unas á otras, dispuestas á dominarse unas á otras, ocupadas en tratar unas con otras. La política es para ellos un interés doméstico; para nosotros una ocupación del espíritu. Los ingleses hacen de ella un negocio; nosotros la reducimos á una discusión.

Por eso sus escritos políticos, y especialmente los de Swift, no nos parecen literarios más que á medias. Para que un razonamiento sea literario, es menester que no se dirija á tal interés ó á cual facción, sino al espíritu puro, que se funde en verdades universales, que se apoye en la justicia absoluta, que pueda impresionar á todas las razones humanas; de otro modo, siendo local, no es más que útil; sólo es bello lo que es general. Hace falta asimismo que se

desarrolle regularmente mediante análisis y con divisiones exactas, que su distribución ofrezca una imagen de la pura razón, que el orden de las ideas sea inviolable, que todo espíritu pueda sacar de allí fácilmente una convicción completa, que el método, como los principios, sea racional en todos los lugares y en todos los tiempos. Hace falta, en fin, que al arte de probar se una la pasión de probar, que el orador anuncie su prueba, que la recuerde, que la presente bajo todas sus fases, que quiera penetrar en los espíritus, que los persiga con insistencia en todos sus efugios, pero al mismo tiempo, que trate á sus oyentes como hombres dignos de comprender y de aplicar las verdades generales, y que su discurso tenga la viveza, la nobleza, la cortesía y el ardimiento que conviene á tales asuntos y á tales espíritus. Por todo eso es por lo que son elocuentes la prosa antigua y la prosa francesa, y por todo eso ha habido disertaciones de política ó controversias de religión que son modelos de arte.

El espíritu positivo carece de ese buen gusto y de esa filosofía; quiere alcanzar, no la belleza eterna, sino el éxito actual. Swift no se dirige al hombre en general, sino á ciertos hombres. No habla á razonadores, sino á un partido; no trata de enseñar una verdad, sino de producir una impresión; no tiene por objeto ilustrar á esa parte aislada del hombre que se llama el espíritu, sino remover esa masa de sentimientos y de prejuicios que constituye el hombre real. Mientras escribe, no pierde de vista su público: *squires* gordiflones, atiborrados de Porto y de carnes, acostumbrados á desgañitarse después de las comidas, voceando lealmente en pro de la iglesia y del rey; hidalgos rurales agriados contra el lujo de Londres y la nueva

importancia de los comerciantes; eclesiásticos con la cabeza llena de sermones pedantescos y el corazón henchido de odio contra los disidentes y los papistas. Esa gente no tendrá bastante inteligencia para seguir una bella deducción ó para oír un principio abstracto. Hay que calcular los hechos que sabe, las ideas que ha recibido, los intereses que la mueven, y no recordar más que esos hechos, no partir más que de esas ideas, no agitar más que esos intereses. Así habla Swift, sin desarrollos de pensamiento, sin aparato de lógica, sin efectos de estilo, pero con un vigor y un éxito extraordinarios, mediante sentencias que los contemporáneos comprendían y aceptaban al punto, porque no hacían más que decirles á las claras y en alta voz lo que ellos balbuceaban oscuramente por lo bajo. Tal fué el poder del *Examiner*, que cambió en un año la opinión de tres reinos, y sobre todo el del *Pañero*, que hizo cejar á un gobierno.

Faltaba en Irlanda la moneda menuda, y los ministros ingleses habían dado á William Wood una patente para acuñar 108.000 libras esterlinas de cobre. Una comisión, de que era miembro Newton, examinó las monedas fabricadas, las dió por buenas, y varios jueces competentes opinan hoy que la medida era tan leal como útil al país. Swift amotinó contra ella al pueblo, hablándole su lenguaje, y triunfó del buen sentido y del Estado (1). «Hermanos, amigos, compatriotas y compañeros, lo que voy á deciros ahora es, después de vuestro deber para con Dios y del cuidado de vuestra salvación, del mayor interés para vosotros

(1) A pesar de cuanto se ha dicho, yo no creo que procediese entonces de mala fe. Cabía creer en una jugada ministerial, y Swift podía creerlo más que nadie. En el fondo, Swift me parece hombre honrado.

mismos y para vuestros hijos; vuestro pan, vuestro vestido, todas las necesidades de la vida dependen de ello. Por lo mismo, os exhorto muy vivamente como hombres, como cristianos, como padres, como amigos de vuestro país, á que leáis ó procuréis que os lean este impreso con la mayor atención. Para que podáis hacerlo con menos gasto, he mandado al impresor que le venda á precio infimo.» Desde la primera ojeada se está viendo nacer la inquietud popular; ese estilo es el que impresiona á los campesinos y á los obreros; hace falta esa sencillez, esos pormenores, para ganar su ánimo. El autor parece un pañero, y ellos no tienen confianza más que en la gente de su condición. Swift continúa y difama á Wood, asegurando que sus monedas de cobre no valen la octava parte de su ley. De pruebas ni rastro; no se necesitan pruebas para convencer al pueblo; basta repetir varias veces la misma injuria, menudear ejemplos sensibles, impresionar sus ojos y sus oídos. Una vez en juego su imaginación, irá gritando, convenciéndose con sus propios gritos, sin escuchar razones. «Vuestro párrafo (dice Swift á sus adversarios) añade que sir Isaac Newton ha dado cuenta de un ensayo, hecho en la Torre, del metal de Wood, de cuyo ensayo resulta que Wood ha cumplido plenamente su contrato. ¿Su contrato? ¿Con quién? ¿Es con el Parlamento ó con el pueblo de Irlanda? ¿No son ellos los que han de ser los compradores? Pues ellos le detestan, le aborrecen y le rechazan como cosa corrompida y fraudulenta.» Y poco después añade: «Mr. Wood ofrece no acuñar más (que 40.000 libras), á menos que *las exigencias del comercio lo requieran*, aunque su patente le autoriza á acuñar una cantidad mucho mayor, á lo cual, si yo hubiese de responder, contestaría lo siguiente: que mis-

ter Wood y su cuadrilla de fundidores y caldereros acuñen hasta que no quede en el reino una caldera vieja; que acuñen cuero viejo, barro de pipas de fumar ó lodo de las calles, y den á su amasijo el nombre que quieran, guinea ó blanca; á nosotros no nos importa saber en qué se ocupan Mr. Wood y sus cómplices; pero espero y confío en que todos, hasta el último hombre, estamos resueltos á no tener nada que ver con él ni con su mercancía.» Swift se irrita; no responde. En efecto: esa es la mejor manera de responder. Para impresionar á tales oyentes, hay que poner en movimiento su sangre y sus nervios; entonces, tenderos y labriegos se remangarán, aprestarán los puños, y las buenas razones de su enemigo no servirán sino para aumentar las ganas que tienen de acogotarle.

Véase ahora cómo un cúmulo de ejemplos sensibles da visos de verdad á un aserto gratuito. «Vuestro diario dice que se ha ensayado la moneda. ¡Qué descoco tan insoportable! Wood tiene buen cuidado de acuñar una ó dos docenas de medios peniques de buena ley; los envía á la Torre; se aprueban; y esos medios peniques deben responder de todos los que ha acuñado ya ó acuñe en el porvenir. Cierto que á menudo un *gentleman* manda á mi tienda por una muestra de tela; yo la corto lealmente de la pieza; y si la muestra le gusta, viene ó envía á alguien, compara el retazo con la pieza entera, y probablemente nos arreglamos. Pero, si yo quisiera comprar cien carneros, y el ganadero, después de haberme traído uno gordo y de buena lana á manera de muestra, me quisiera hacer pagar el mismo precio por todos, sin permitirme verlos antes de pagar, ó sin darme seguridades de devolverme mi dinero por los que estuviesen flacos, es-

quilados ó sarnosos, yo no querría ser uno de sus parroquianos. Me han contado el caso de un hombre que quería vender su casa, y al efecto llevaba en el bolsillo un trozo de ladrillo, y le enseñaba como muestra para animar á los compradores; he ahí, ni más ni menos, lo que son los ensayos de Mr. Wood.» Estallaba una carcajada; los carniceros y los albañiles estaban ganados. Para acabar, Swift les indicaba un expediente práctico, proporcionado á su inteligencia y á su condición. «El soldado raso, cuando vaya al mercado ó á la taberna, ofrecerá esa moneda; si se la rechazan, echará pestes, amenazará con pegar al carnicero ó á la tabernera, ó cogerá á viva fuerza las mercancías, y les arrojará la moneda falsa. En este caso, y en todos los semejantes, el tendero, el carnicero ó cualquier otro comerciante no tiene más que hacer que pedir diez veces el precio de su mercancía, si se la quiere pagar en moneda de Wood—v. gr.: veinte peniques de esa moneda por dos pintas de cerveza, y así en todas las demás cosas,—y no soltar jamás su mercancía hasta tener el dinero.» El clamor público venció al gobierno inglés, que retiró su moneda, y pagó á Wood una crecida indemnización. Tal es el mérito de los razonamientos de Swift: son buenos instrumentos, cortantes y manejables, sin ninguna elegancia ni brillo, pero que prueban su valor por sus resultados.

Toda la belleza de esos escritos está en el acento. No tienen ni el ardor generoso de Pascal, ni la alegría aturdidora de Beaumarchais, ni la finura cincelada de Courier, sino un aire de superioridad abrumadora y una acerbidad de rencor terrible. La pasión y el orgullo enorme, como hace poco el espíritu positivo, han asestado todos los golpes. Hay que leer su *Esprit*

tu público de los Whigs contra Steele. Página tras página tritura á Steele con una calma y un desdén que nadie igualó. Procede en esa obra imperturbablemente, sin dejar ninguna parte sana, infiriendo herida sobre herida, seguro de todos sus golpes, sabiendo de antemano su alcance y profundidad. El pobre Steele, vanidoso huero, parece en sus manos lo que Gulliver entre los gigantes; da compasión ver una lucha tan desigual y tan despiadada: Swift le aplasta con la misma facilidad que si fuera un gusano. El infeliz, antiguo oficial, empleaba torpemente los términos constitucionales. «Contra este escollo viene á estrellarse perpetuamente, siempre que se arriesga á salir de los estrechos límites de su literatura. Ha conservado un recuerdo confuso de los términos desde que salió de la Universidad, pero ha olvidado la mitad de su sentido, y los junta sin otra razón que su cadencia, como aquel criado que clavaba mapas en el despacho de un *gentleman*, unos de lado, otros al revés, para ajustarlos mejor á los recuadros.»

Cuando juzga, es peor que cuando prueba. Testimonio: su *retrato de lord Wharton*. Con las fórmulas de cortesía oficial, le traspasa; sólo un inglés es capaz de tal lema y de tal altanería.

«He tenido ocasión (dice) de conversar mucho con su señoría, y estoy perfectamente convencido de que es tan indiferente á los aplausos como insensible á las censuras. Está desprovisto del sentido de la gloria y de la vergüenza, como algunos hombres están desprovistos del sentido del olfato. Por eso, una buena reputación es para él tan poca cosa como lo sería para ellos un perfume precioso. Cuando un hombre se pone á describir, en interés del público, la naturaleza de una serpiente, de un lobo, de un cocodrilo ó de un zo-

rro, debe entenderse que lo hace sin ninguna especie de amor ni de odio personal hacia esos animales. De igual suerte, su excelencia es una de las personas á quienes yo no quiero ni odio personalmente. Le veo en la corte, en su casa y á veces en la mía, porque tengo el honor de recibir su visita; y cuando este escrito sea público, es probable que me diga, como lo ha hecho ya en una circunstancia semejante, «que acaban de deslomarle endiabladamente», y después, con la transición más sencilla del mundo, me hablará del tiempo que hace ó de la hora que es. Emprendo, pues, este trabajo tranquilamente, seguro de no indignarle ni de herir en lo más mínimo su reputación: colmo de felicidad y de seguridad que pertenece á su excelencia, y que ningún filósofo ha podido alcanzar antes de él.— Thomas, conde de Wharton, lord teniente de Irlanda, merced al vigor asombroso de su constitución, ha pasado hace algunos años de la edad crítica, sin que la vejez haya impreso huellas visibles en su cuerpo ni en su espíritu, á pesar de haberse prostituido toda la vida en los vicios que gastan ordinariamente el uno y el otro. Ora se pasee, ó silbe, ó jure, ó diga obscenidades, ó grite injurias, todo eso lo hace mejor que un estudiante de tercer año. Con la misma gracia y el mismo estilo echará pestes contra su cochero en plena calle, en el reino en que es gobernador, y todo ello sin consecuencias, porque la cosa está en su naturaleza, y se la espera todo el mundo. Cuando triunfa es, más que por el arte, por el número de sus mentiras, mentiras descubiertas á veces en una hora, frecuentemente en un día, siempre en una semana. Jura solemnemente que os quiere y que desea serviros; y, en cuanto volvéis la espalda, dice á los presentes que sois un perro y un bribón. Asiste asiduamente á las ora-

ciones, según la etiqueta de su puesto, y profiere obscenidades y blasfemias á la puerta de la capilla. En política, es presbiteriano; en religión, ateo; pero en este instante tiene por concubina una papista. En su comercio con los hombres, su regla general es tratar de embaucarlos, valiéndose de juramentos y de mentiras. Jamás se ha sabido que haya negado ni cumplido una promesa. Y recuerdo que él mismo se lo confesaba á una señora, aunque exceptuando la promesa que la hacía á ella en aquel momento, que era procurarla una pensión. Sin embargo, faltó á esa misma promesa, y, lo confieso, nos engañó á ella y á mí. Pero bueno es hacer distinción entre una promesa y un trato, porque el trato le cumplirá, siempre que él resulte favorecido. Con esto basta para el retrato de su excelencia.»

Sigue una lista detallada de acciones por vía de ejemplos. «No he podido ordenarlas convenientemente, como hubiese querido, porque creo útil, por diversas razones, que el mundo conozca, lo más pronto posible, los méritos de su excelencia. Tal y como van, podrán servir de materiales á toda persona que desee escribir memorias sobre la vida de su excelencia». En todo este pasaje la voz de Swift ha permanecido tranquila; no se ha movido un músculo de su cara; ni una media sonrisa, ni un fulgor de los ojos, ni un ademán; ha hablado como una estatua; pero su cólera crece por la represión y arde más, por lo mismo que no estalla.

Por eso su estilo ordinario es la ironía grave, arma del orgullo, de la meditación y de la fuerza. El hombre que la emplea se contiene en lo más recio de la tempestad interior; es demasiado orgulloso para ofrecer el espectáculo de sus pasiones; no toma por confi-

dente á su público; le daría vergüenza entregarse; quiere y sabe conservar la absoluta posesión de sí. Concentrado de tal suerte, comprende mejor y sufre más; ningún transporte viene á aliviar su cólera ni á disipar su atención; siente todas las asperezas y penetra en el fondo de la opinión que aborrece; multiplica su dolor y su conocimiento, y no se ahorra herida ni reflexión. En esa actitud hay que ver á Swift, impasible en apariencia, pero con los músculos contraídos y el corazón ardiendo en odio, cuando escribe con una sonrisa terrible folletos como éste (1):

«No es quizá ni muy seguro ni muy prudente discutir contra la abolición del cristianismo en un momento en que todos los partidos se hallan tan unánimemente acordes sobre este punto. Sin embargo, sea por afectación de singularidad, sea perversidad de la naturaleza humana, yo soy tan desgraciado que no puedo participar enteramente de esa opinión. Más aún: aunque estuviese seguro de que el *attorney* general iba á expedir una orden para que se me persiguiera inmediatamente, confesaría todavía que, en el estado actual de nuestros asuntos, así interiores como exteriores, no veo la necesidad absoluta de extirpar entre nosotros la religión cristiana. Acaso esto parezca una paradoja demasiado grande, aun en nuestra docta y paradójica edad; por lo mismo, la expondré con toda la reserva posible y con la mayor deferencia hacia esa grande é ilustrada mayoría que es de otro parecer... Creo, por supuesto, que ningún lector me supondrá tan negado que intente defender el cristianismo real, que, en los tiempos primitivos, tenía, según

(1) *Argumento contra la abolición del cristianismo*. Se trata de increpar á los whigs, amigos de los librepensadores.

se dice, algún influjo sobre la conciencia y los actos de los hombres. Ese sería, en efecto, un proyecto insensato: se destruiría así de un golpe la mitad de la ciencia y todo el entendimiento del reino. El lector de buena fe comprenderá fácilmente que mi discurso no tiene otro objeto que defender el cristianismo nominal, ya que el otro se arrinconó hace algún tiempo por acuerdo general como enteramente incompatible con nuestros proyectos actuales de riqueza y de poder.»

Examinemos, pues, las ventajas que podría tener esa abolición del título y nombre de cristiano. Por ejemplo:

«Se objeta que hay en este reino más de diez mil sacerdotes, cuyas rentas, unidas á las de los señores obispos, bastarían para mantener, por lo menos, doscientos caballeritos de chispa y de humor, librepensadores, enemigos de la clerigalla, de los principios estrechos, de la pedantería y de los prejuicios, y que podrían ser el ornato de la ciudad y de la corte. Se aduce también como una gran ventaja para el público que, si se prescinde de golpe de la institución del Evangelio, toda religión quedará, naturalmente, proscrita para siempre, y acabarán con ella todos los lamentables prejuicios de la educación que, bajo los nombres de virtud, conciencia, honor, justicia y otros semejantes, no sirven más que para turbar la paz del espíritu humano.»

Después concluye duplicando el insulto:

«Habiendo considerado las objeciones más poderosas que se formulan contra el cristianismo y las principales ventajas que se espera obtener aboliéndole, ahora, con no menos deferencia y sumisión hacia juicios más sabios, voy á mencionar algunos inconve-

nientes que podrían nacer de la destrucción del Evangelio, y que quizá no han examinado bastante los inventores. Desde luego comprendo muy bien que las personas de talento y de gusto se sientan heridas y murmuren á la vista de tantos sacerdotes cascarríos como se cruzan en su camino y ofenden sus ojos; pero esos sabios reformadores no consideran á la vez qué ventaja y qué felicidad es para grandes espíritus tener siempre á la mano objetos de menoscipio para poder ejercitar y acrecentar sus talentos, y para impedir que su mal humor se vuelva contra ellos mismos ó sus semejantes, particularmente cuando todo eso puede hacerse sin el menor peligro para sus personas. Y para aducir otro argumento de naturaleza análoga: si se aboliese el cristianismo, ¿cómo podrían encontrar los librepensadores, los grandes dialécticos, los hombres de ciencia profunda, un asunto tan á propósito en todos sentidos para poder desplegar su talento? ¿De qué maravillosas producciones del espíritu no nos veríamos privados, si perdiésemos las de los hombres cuyo genio, por una práctica constante, se cifra enteramente en burlas é invectivas contra la religión, y que serían incapaces de brillar ni distinguirse en ningún otro asunto? ¡Nos quejamos diariamente de la gran decadencia de ingenio entre nosotros, y querríamos suprimir la mayor, quizá la única fuente que le queda!—Pero he aquí la más poderosa de las razones, la razón completamente invencible. Me temo mucho que á los seis meses de aprobarse el acta aboliendo el Evangelio, los fondos del Banco y de las Indias Orientales bajen 1 por 100, cuando menos. Y puesto que eso es cincuenta veces más que lo que la sabiduría de nuestra edad ha juzgado conveniente arriesgar por la salvación del cristianismo, no

hay ninguna razón para exponerse á tan gran pérdida por el solo placer de destruirle.»

Swift no es más que un combatiente, lo concedo; pero cuando se abarca de una ojeada ese buen sentido y ese orgullo, ese imperio sobre las pasiones de los demás y ese imperio sobre sí, esa fuerza de odio y ese empleo del odio, hay que convenir en que apenas ha habido combatientes semejantes. Es polemista como Anníbal fué *condottiere*.

IV

Por lo común, la noche de la batalla es noche de expansión: se bromea, se ríe, se habla en prosa y en verso; pero esa noche es continuación del día, y el espíritu que ha dejado su huella en los trabajos deja su huella en las diversiones.

¿Qué más alegre que las veladas de Voltaire? Se burla; pero ¿advertís en su burla una intención dañina? Se indigna; pero ¿advertís en sus cóleras una índole rencorosa y aviesa? Todo es amable en él. En un instante, por necesidad de acción, pega, acaricia, cambia cien veces de tono y de semblante, con bruscos movimientos, con impetuosos repentes; á veces parece un niño; siempre es hombre de mundo, de gusto y de conversación. Quiere festejarme; por distraerse y distraerme, me lleva en un momento al través de mil ideas, sin esfuerzo ninguno. ¡Seductor amo de casa, que quiere agradar, que sabe agradar, que no tiene horror más que al tedio, que no desconfía de mí, que no se violenta, que es siempre él mismo, que derrama á raudales las ideas, la afabilidad y la joviali-